

palabras parece que los demonios le daban vaya, y burlaban de él: y no paró en esto el miserable; porque despues de haber gastado aquella noche y otro dia en grandes llantos y confusion, vino á des- esperar, volviéndose al mundo, y soltando la rienda á los vicios.

San Juan Climaco, grad. 15, c. 9, refiere aquel ejemplo que tocamos arriba, de un mancebo, de quien se lee en las vidas de los Padres que llegó á tan alto grado de virtud, que mandaba á las bestias fieras, y las hacia servir en el monasterio de los monjes, al cual comparó san Antonio á un navío cargado de ricas mercaderías, y puesto en medio de la mar, cuyo fin no se sabia. Pues este mozo tan fervoroso y tan santo vino despues á caer miserablemente, y estando él llorando su pecado, dijo á unos monjes que por allí pasaron: Decid al viejo, esto es, á san Antonio, que ruegue á Dios me quiera conceder diez dias de penitencia. Oido esto lloró el santo varon amargamente, y con gran dolor de su corazon dijo: Una gran columna de la Iglesia ha caido hoy; y pasados cinco dias murió el sobredicho monje. De manera que el que primero, dice san Juan Climaco, manda-

ba á las bestias salvajes fue al cabo por cruelísimos salvajes derribado y burlado; y el que poco antes se mantenía con pan del cielo vino despues á mantenerse del lodo y del cieno; y cuál haya sido su caída no lo quiso declarar el prudentísimo Padre san Antonio, porque sabia él que era fornicacion.

El P. M. Ávila, tomo 3 *epist.*, trae un ejemplo de un santo ermitaño que le dió Dios á conocer el gran peligro en que estaba puesto en esta vida; y como lo considerase, puso sobre su cabeza un capirote de luto, y cubrió su cara de manera, que no podia ver sino solamente la tierra que iba á pisar, y nunca mas quiso hablar á hombre, y jamás alzó los ojos de la tierra, llorando de verse en tan gran peligro como vive el hombre; y como le venian á ver muchos á la celda, viendo la gran mudanza que habia hecho, le preguntaban la causa de aquella novedad, y de haber pasado de repente á tan extraordinario extremo. Él nunca les respondió otra cosa sino: Dejadme, que soy hombre. Otro Santo decia: ¡Ay de mí, que aun puedo ofender á Dios mortalmente!

TRATADO QUINTO.

DE LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA.

CAPÍTULO I.

De la excelencia de la virtud de la obediencia.

Melior est obedientia, quam victima, et auscultare magis quam offerre adipem arietum. I Reg. xv, v. 22. Bien sabida es la historia á cuyo propósito se dijeron estas palabras, que fue cuando el rey Saul desobedeció mandándole Dios que destruyese á Amalec, sin dejar nada á vida, y él guardó lo mejor para sacrificar. Dicele el profeta Samuel de parte de Dios: *Numquid vult Dominus holocausta, et victimas, et non potius, ut obediatur voci Domini?* ¿Por ventura quiere Dios los holocaustos y sacrificios, y no que obedezcamos á su mandamiento? En ninguna manera, porque mejor es la obediencia que el sacrificio; y mejor es oír y obedecer á Dios que ofrecer la grosura de los carneros. Fundados los Santos en este lugar y en otros muchos de la sagrada Escritura, donde se encarece mucho la obediencia y la

estima grande que Dios tiene de ella, dicen muchas alabanzas de esta virtud.

San Agustin (1) en varios lugares va tratando por qué dió Dios al hombre aquel mandamiento de no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. Y responde que, lo primero, para mostrar y dar á entender á los hombres cuánta era la excelencia y el valor de la virtud de la obediencia, y cuán gran mal es el de la desobediencia: *Ut ipsius per se bonum obedientia, et ipsius per se malum inobedientia monstraretur*: y se mostró bien por el efecto; porque el mal y trabajo que despues del pecado se siguió no lo causó la fruta del árbol; porque esa no era mala ni dañosa de suyo, sino buena, porque él habia criado todas las cosas muy buenas: *Vidit Deus cuncta quae fecerat, et erant valde bona,*

(1) August. lib. 1 cont. advers. legis, et Proph. cap. 14: et lib. 2 de pec. merit. et remiss. cap. 21: et lib. 8 super Genes. ad litter.

Genes. 1, v. 31: no habia de poner en el paraíso cosa mala: la inobediencia, el haber traspasado el mandamiento y obediencia de Dios, ese fue el mal; y así dice san Agustín que con ninguna cosa se pudo mostrar mejor cuánto mal sea la inobediencia, que con ver el mal que le vino al hombre por solo comer contra el mandamiento de Dios una cosa que, si no le fuera prohibido el comerla, no hubiera ningun mal en ello, ni hiciera mal á nadie: en lo cual se descubre bien la culpa de aquellos que, por ser la culpa liviana, se atreven á desobedecer y faltar en ella; porque no está el pecado en la cosa, sino en la desobediencia, y esa tambien la hay en la cosa liviana.

Da otra razon de esto san Agustín, l. 8 sup. Genes. ad litter. Porque habiendo sido el hombre criado para servir á Dios, convenia que se le pusiese algun precepto en que se le prohibiese algo, para que reconociese que tenia Señor, y se tuviese por súbdito; porque si no le vedaran y mandaran algo, no tuviera en qué sujetarse y reconocer que tenia Señor, el cual quiso que la virtud de la obediencia fuese medio para reconocer y merecer á Dios; y va diciendo muchos bienes y alabanzas de esta virtud.

Una de las razones por que Dios se hizo hombre, dice que fue para enseñarnos y encomendarnos esta virtud de la obediencia,

dándonos ejemplo de ella. Habia el hombre desobedecido hasta la muerte; vino el Hijo de Dios á obedecer tambien hasta la muerte: se nos habia cerrado la puerta del cielo y de la gracia por la desobediencia de Adán; se nos abrió por la obediencia de Cristo (1): *Sicut enim per inobedientiam unius hominis, peccatores constituti sunt multi; ita et per unius obedientiam, justi constituentur multi.* Y en el premio y gloria de la humanidad de Cristo dice el Santo que quiso tambien el Señor mostrarnos el valor y mérito de la obediencia, coronándola con tan sublimada gloria: *Factus est obediens usque ad mortem, mortem autem crucis: propter quod, et Deus exaltavit illum, et dedit illi nomen, quod est super omne nomen: ut in nomine Jesu omne genuflectatur caelestium, terrestrium, et infernorum, etc.* Ad Philip. II, v. 8. Hízose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz: por lo cual le ensalzó Dios, y le dió un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se arrodillen los cielos, y la tierra y los infernos.

Muchas son las excelencias y grandezas que dicen los Santos de esta virtud; pero ahora solamente diremos una que nos bastará á nosotros, y es, que ésta es muy propia y principal virtud del religioso. Santo Tomás, 2, 2,

(1) August. 1. de Incarn. Verb. et l. 13 de Trinit. cap. 17; Rom. v, 19.

quæst. 168, art. 8, que lleva las cosas por rigor escolástico, trata esta cuestion: Si el voto de la obediencia es el mas principal de los tres votos que hacemos en la Religion. Y responde que sí; y da tres razones de ello muy buenas y provechosas: la primera, porque por el voto de la obediencia da y ofrece uno mas á Dios que por los demás votos; porque por el voto de la pobreza ofrece el hombre á Dios su hacienda y riquezas; por el de la castidad su propio cuerpo; pero por el voto de la obediencia ofrece su propia voluntad y juicio, ofrécese á sí mismo del todo á Dios, que es mas que todo esotro; y así dice san Jerónimo: *Aurum deponere incipientium est, non perfectorum; fecit hoc Crates Thebanus, fecit Antisthenes; seipsum offerre Deo proprium Christianorum est, et Apostolorum.* Epist. ad Licinium Hispanum. Dejar el oro y las riquezas es de los que comienzan: muchos filósofos hicieron eso; pero ofrecerse á sí mismo, y entregarse del todo á Dios, es propio de los cristianos y cosa apostólica; porque es imitar á los Apóstoles que lo hicieron así (1). Y pondera muy bien el Santo á este propósito que no dijo Cristo á los Apóstoles: De verdad os digo, que vosotros, que dejásteis todas las cosas, os sentaréis en doce sillars; sino seguir á Cristo es lo mas perfec-

(1) Marc. XIX, 28.

to; y en eso dice santo Tomás, 2, 2, q. 186, art. 8 ad 1, que se incluye el consejo de la obediencia; porque el que obedece sigue la voluntad y parecer de otro. La segunda razon es porque el voto de la obediencia incluye y encierra debajo de sí los demás votos de la Religion; y él no se incluye ni contiene en ellos, porque aunque el religioso se obliga con particular voto á guardar la castidad y la pobreza, empero estas virtudes tambien caen debajo de la obediencia, á la cual pertenece guardar estas y otras muchas cosas: y en tanto grado es esto verdad, que algunas Religiones antiguas, como la Cartuja, y de san Benito, en la profesion solamente hacen mencion expresa del voto de la obediencia: *Promitto obedientiam secundum regulam;* y debajo de eso se entiende el voto de castidad y de pobreza, conforme á los estatutos y costumbre de la Religion. La tercera razon es, porque cuanto una cosa se acerca y allega mas á su fin, y nos junta mas con él, tanto es mejor y mas perfecta. Pues la obediencia es la que junta mas á los religiosos con el fin de su Religion; porque ella es la que les dice y manda que se ejerciten en las cosas que les ordenan, para conseguir el fin de ella; como á nosotros, que tratamos de nuestro propio aprovechamiento y del de los prójimos, que tengamos cuenta con nuestra oracion, y con nuestra mortifica-

cion, que nos ejercitemos en confesar, predicar y enseñar la doctrina cristiana, y en todos los demás ministerios necesarios para ayudar á las almas; y así en las demás Religiones.

De aquí infiere santo Tomás una conclusion muy principal, y es, que el voto de la obediencia es el mas esencial de la Religion, y el que hace á uno religioso, y le constituye en estado de Religion; porque aunque uno guardase pobreza voluntaria y castidad, aunque tuviese hecho voto de eso; si no tiene voto de obediencia, no por eso es religioso ni está en estado de Religion; es menester que haga voto de obediencia, y esto es lo que principalmente lo hace religioso y le constituye en estado de Religion. San Buenaventura, in specul. dis., part. 1, cap. 4, concordando con esto, dice que toda la perfeccion del religioso está en dejar uno del todo su voluntad y seguir la obediencia, y que para eso hacemos los votos de pobreza y castidad, para que dejando la hacienda y los deleites de la carne, y el cuidado de casa y familia, estemos mas ligeros y desembarazados para cumplir el voto de la obediencia, como cosa mas principal; y así dice: poco aprovechará haber dejado la hacienda y las riquezas, si no dejais vuestra propia voluntad, y seguís la voluntad de la obediencia.

De san Fulgencio obispo, y

abad que fue de un monasterio, refiere Surio en su historia algunas sentencias notables; y en una de ellas, tratando de la obediencia, dice: *Illos quoque veros Monachos esse dicebat, qui mortificatis voluntatibus suis, parati essent nihil velle, nihil nolle, sed abbatis tantummodo consilia, vel præcepta servare*: ¿Sabeis, dice, cuáles son verdaderos religiosos? Aquellos que no tienen propia voluntad, sino que están rendidos, prontos é indiferentes para cualquier cosa que les mandare el superior: eso es ser religioso, no tener querer ni no querer. No dice que seréis buen religioso si tomáis mucha disciplina, ni si os poneis ásperos cilicios, ni si teneis muchas fuerzas para trabajar todo el dia, ni si sois gran letrado ó gran predicador; sino si sois muy obediente, y no teneis propia voluntad.

De manera que la obediencia es la virtud mas esencial en la Religion, y la que hace á uno ser religioso: esa es la que agrada á Dios, mas que el sacrificio y las víctimas: en esa se incluye y encierra la pobreza, la castidad y todas las demás virtudes; porque si sois obediente, seréis pobre, casto, humilde, callado, sufrido, mortificado, y alcanzaréis todas las virtudes; y esto no es encarecimiento, sino verdad muy llana; porque las virtudes se adquieren y alcanzan con el ejercicio de sus actos, y de esa manera nos las quiere dar Dios. Pues este ejercicio

nos da la obediencia: todas las reglas que tenemos, y todas las obediencias que nos mandan, son ejercicio de virtudes. Dejaos vos llevar de la obediencia, y abrazad de corazon todas las ocasiones que se os ofrecieren, que unas veces os ejercitarán en la paciencia, otras en la humildad, otras en la pobreza, otras en la mortificación, otras en la templanza, otras en la caridad, y de esa manera iréis creciendo en todas las virtudes, como fuéreis creciendo en la obediencia. Eso es lo que dice nuestro santo Padre, *epist. de obedient.* «En tanto que esta virtud floreciere, todas las demás se verán florecer, y llevar el fruto que yo en vuestras ánimas deseo.» Y es doctrina comun de los Santos: por lo cual llaman á esta virtud madre y origen de todas las virtudes. San Agustin, lib. 1, contra adversarium legis, et Prophetar. cap. 14: *Quæ maxima est virtus, et ut sic dixerim, omnium origo, materque virtutum.* San Gregorio, lib. 15 Moral. cap. 10: *Obedientia sola virtus est, quæ cæteras virtutes menti ingerit, insertasque custodit*: La obediencia es una virtud que ingiere y engendra en el alma las demás virtudes, y engendradas las conserva; y de esta manera declaran aquello de los Proverbios, XXI, v. 28: *Vir obediens loquetur victorias*: así leen san Gregorio, lib. 15 Mor. cap. 22, y san Bernardo, de ord. vitæ, et morum instit. El varon obe-

diente, no alcanzará una, sino muchas victorias. *Isai. xxx, v. 21.* Todas las virtudes alcanzará el que fuere buen obediente.

Pues si quereis un documento breve y compendioso, para en poco tiempo aprovechar mucho, y venir á alcanzar la perfeccion, este es: *Hæc est via, ambulate in ea, et non declinetis, neque ad dexteram, neque ad sinistram.* Deuter. c. v, v. 32. Procurad ser muy obediente, que ese es un camino muy breve, y un atajo maravilloso para eso; y así dice san Jerónimo: *O felix, et abundans gratia! In obedientia, summa virtutum clausa est; nam simplici gressu hominem ducit ad Christum.* In Reg. Monachor. cap. 6. ¡Oh dichosa y abundante gracia la de la obediencia! En la cual está encerrada la suma de todas las virtudes; porque con solo un simple caminar, obedeciendo á todo lo que ordena la obediencia, en breve tiempo se hallará uno perfecto y lleno de virtudes.

San Juan Climaco, cap. 4 de obed., dice que viniendo á un monasterio vió unos viejos llenos de canas, y de muy venerable presencia, que estaban como unos niños, prontos y dispuestos para obedecer y discurrir á una parte y á otra, y algunos de ellos hacia cincuenta años que militaban debajo de la obediencia; y dice que les preguntó qué consolacion ó fruto habian alcanzado de aquella su grande obediencia y trabajo. Y unos respondian, que

habian por este medio llegado al abismo de la humildad, con la cual estaban libres de muchos combates del enemigo; otros, que por aquí habian llegado á perder el sentimiento en las injurias y deshonras. De manera que la obediencia es medio para alcanzar todas las virtudes; y por eso entre aquellos Padres antiguos se tenia por muy gran señal de llegar uno á la perfeccion el ser muy sujeto y obediente á su padre espiritual.

San Doroteo cuenta de su discípulo Dositeo, que siendo mancebo noble y delicado, le vino temor del juicio y cuenta estrecha que habia de dar á Dios, cumpliendo el Señor en él aquello que pedia el Profeta, Psalm. cxviii, v. 120: *Confite timore tuo carnes meas; à judiciis enim tuis timui*. Herido y compungido con este temor, entróse en Religion para poder dar buena cuenta: él era flaco de complexion, y no podia seguir la comunidad, ni levantarse á maitines, ni comer los manjares que los demás; y como no podia esto, hizo cuenta consigo, y determinó dedicarse todo á la obediencia, sirviendo con grandísima prontitud y diligencia en la hospedería, y en otros oficios de humildad. Muérese tísico dentro de cinco años; reveló Dios al abad del monasterio que este mozo habia alcanzado el premio de Pablo y Antonio. Quejaronse á Dios los monjes, diciendo: Pues, ¿dónde,

Señor, está vuestra justicia? ¿Que un hombre que nunca ayunó, criado en regalos, lo querais comparar con los que llevamos todo el peso de la Religion? *Pondus diei, et æstus?* Matth. xx, v. 12. ¿Qué habemos medrado nosotros con tanto como habemos trabajado? Respóndeles Dios: que no conocian el mérito y valor de la obediencia; y que por ella aquel mancebo habia en poco tiempo merecido mas que otros con muchas asperezas.

CAPÍTULO II.

De la necesidad que tenemos de la virtud de la obediencia.

El bienaventurado san Jerónimo (1), exhortando á los religiosos á obedecer á su superior, para persuadirles mas, va mostrando con muchos ejemplos la necesidad que hay en todas las cosas de seguir y obedecer á un superior. En la política seglar vemos que hay un emperador, un rey, un juez supremo de una provincia. Roma, cuando se fundó, aun á dos hermanos no pudo tener juntamente por reyes, sino que el uno mató al otro: *Et fratricidio dedicatur*. Jacob y Esaú, aun estando en el vientre de su madre, peleaban y traian guerra entre sí, sobre cuál habia de salir primero. Y en la jerarquía

(1) Hieronym. in reg. quam colleg. ex script. ejus Lup. de Olivet.

eclesiástica vemos que todo se reduce á un Vicario de Cristo, y en cada distrito y diócesis hay un solo obispo y prelado: en todas las cosas vemos que es necesaria esta subordinacion y sujecion á uno: en un ejército por grande que sea siempre hay un capitán general á quien todos obedecen, y en cada navío un gobernador; y seria gran desconcierto y confusion á los que navegan, y nunca llegarían al puerto, si cada uno quisiese gobernar y enderezar el navío por su parecer, y no tuviese uno á quien seguir: y hasta en la mas mínima casa, aunque sea un pobre cortijo, es menester que haya uno á quien los demás obedezcan; y cuando no hay esto, no se puede conservar ni durar mucho, ni la casa, ni la ciudad, ni el reino: *Omne regnum in seipsum divisum desolabitur, et domus supra domum cadet*. Luc. xi, v. 17. Todo reino dividido entre sí, será asolado y destruido; y esto vemos en todas las cosas, no solo en las criaturas racionales, en los hombres y en los Ángeles, en los cuales hay subordinacion de una jerarquía á otra; sino tambien en los brutos animales, que tienen su capitán y guía á quien siguen. Las abejas tienen sus maestras, y aun es la principal y la reina á quien todas reconocen y obedecen: *Grues quoque unam sequuntur ordine litterato*: hasta las grullas se juntan en escuadron para caminar, y se ponen en orden, hacien-

do una letra, que es una Y griega, y así van siguiendo todas á una; y los cielos tambien están debajo de un primer móvil, y siguen su movimiento. Y por no causar fastidio con mas ejemplos, dice san Jerónimo: Lo que quiero que saqueis de todo esto es que entendais cuánto os conviene vivir debajo de la obediencia de un prelado, y en compañía de muchos hermanos religiosos siervos de Dios, que con su ejemplo os ayuden y animen á vuestro fin.

Nuestro santo Padre, aunque en todas las virtudes y gracias espirituales quiere que crezcamos, en esta especialmente nos pide grande perfeccion; y desea que así como las otras religiones unas se señalan y aventajan en la pobreza, otras en las muchas penitencias y asperezas, otras en el coro, otras en la clausura; así la Compañía se aventaje en la virtud de la obediencia, y que todos procuremos señalarnos y esmerarnos en ella, como si de sola ella dependiese todo el bien de la Compañía: y con mucha razon nos pide esto nuestro santo Padre; porque el fin de la Compañía, despues de su propio aprovechamiento, es el aprovechamiento de los prójimos, y ayudar á la salvacion de las almas en todo el mundo; y así los de ella han de estar dispuestos y apercebidos, y siempre á punto, para ir por todo ese mundo á ejercitar sus ministerios, como

caballos ligeros, para socorrer á la mayor necesidad; y ese es el intento del cuarto voto que hacen los profesos de obedecer al Sumo Pontífice acerca de las misiones, que es de ir á cualquier parte del mundo á que el Sumo Pontífice los enviare, ahora sea á tierra de fieles, ahora de infieles ó herejes, sin poner excusa ninguna y sin pedir viático; y no solo para las misiones á donde les enviare el Sumo Pontífice, sino para donde les enviaren sus superiores inmediatos han de tener todos esta prontitud é indiferencia; y fuera de eso la han de tener para hacer cualquier oficio y ministerio, y cualquier otra cosa que les mandaren: y como en la Compañía hay tanta diversidad de ocupaciones, ministerios y grados, y unos mas altos que otros, es menester gran caudal de obediencia; y ese fue el artificio y traza maravillosa de nuestro santo Padre, en insistir tanto en la obediencia, y pedirnos que nos señalemos y aventajemos en ella; porque sabia que se nos habian de ofrecer cosas dificultosas, y que habian de hacer muchos guisados de nosotros, trayéndonos á todas manos.

Decia un Padre de la Compañía una cosa que deseo dijésemos y sintiésemos todos. Yo, dice, no tengo miedo á ninguna obediencia; porque estoy dispuesto y preparado para hacer cualquier cosa que la obediencia me

mandare. Decia muy bien, y esa es una verdad muy experimentada. El religioso que está mortificado, pronto é indiferente para cualquier cosa que le puedan mandar, no tiene que temer ninguna obediencia ni ningun superior, ni se le da mas que sea superior Pedro que Sancho, ni que sea de esta ó aquella condicion. El buen religioso no ha de depender de esas cosas; y el depender de eso, y andarlo temiendo, arguye imperfeccion. Sobre aquello de san Pablo: *Vis non timere potestatem? bonum fac, et habebis laudem ex illa; si autem malum feceris, time*, Ad Rom. XIII, v. 3, dice san Juan Crisóstomo: *Timorem enim non facit princeps, sed vestra malitia*. El ladrón y el malhechor está temiendo de la justicia; y en viendo al alguacil, se le revuelve la sangre pensando que viene por él; pero ese temor no lo causa el príncipe, ni la justicia, sino su malicia y mala condicion. ¿Quereis no temer al rey, ni á la justicia? Vivid bien, y no solo no la temeréis, sino antes tendréis mucha loa de ella. Pues así es tambien acá en la Religion: esos miedos y temores no los causa la obediencia, ni el superior, sino vuestra imperfeccion é inmortificación. ¿Quereis no temer, ni andar con sobresalto en la Religion? Sed muy obediente, y procurad estar muy indiferente y resignado para todo: el que de esta manera anduviere gozará de mu-

cha paz, y de mucha quietud y tranquilidad, y será para él la Religion un paraíso en la tierra.

CAPÍTULO III.

Del primer grado de obediencia.

Tratando nuestro santo Padre de la obediencia en la tercera parte de las Constituciones, cap. 1, § 23, regul. 31 Sum., dice: «Es muy expediente para aprovecharse, y muy necesario que se den todos á la entera obediencia;» y va declarando cuál es entera obediencia. Dice que no solamente ha de ser en la exterior ejecucion, poniendo por obra lo que se nos manda, que es el primer grado de obediencia; sino que ha de ser de voluntad y de corazon, conformando nuestra voluntad con la del superior, teniendo un mismo querer y no querer con él, que es el segundo grado de obediencia: y no ha de parar ahí, sino habemos de pasar adelante, y conformar tambien nuestro juicio con el del superior; de manera que os parezca á vos lo mismo que le parece al superior, y que juzgueis que lo que manda es bien mandado, que es el tercer grado de obediencia. Cuando hubiere esta conformidad en obra, voluntad y entendimiento, entonces será entera y perfecta obediencia, y cualquier cosa de estas que falte no será entera ni perfecta.

Pues comenzando del primer

grado, es menester que seamos muy diligentes y puntuales en la ejecucion de la obediencia. Pregunta san Basilio, in Regul. brev. interrog. 166: ¿Con qué cuidado y diligencia habemos de acudir á las cosas de la obediencia? Y responde: que con el que uno que ama mucho su vida acude á las cosas necesarias para conservarla, y con el que acude á comer, el que tiene mucha hambre; y aun con mayor, dice, cuanto es mas noble y excelente la vida eterna que se merece por la obediencia que la temporal. El bienaventurado san Bernardo dice: *Fidelis obediens nescit moras, fugit crastinum: ignorat tarditatem, pracedit precipientem, parat oculos visui, aures auditui, linguam voci, manus operi, itineri pedes, totum se colligit, ut imperantis colligat voluntatem*. Serm. de obedient. El verdadero obediente no sabe qué cosa es tardanza, ni qué cosa es mañana, ni despues, ni dice: luego iré, como los perezosos; sino aplica el oído á entender lo que le mandan, los piés para irlo á cumplir, las manos para ponerlo por obra, y tan á punto lo ejecuta, que parece que previene y gana por la mano al que le manda.

Nuestro bienaventurado santo Padre, tratando de la ejecucion y puntualidad que habemos de tener en la obediencia, dice, 6 p. Const., cap. 1, § 1, regul. 33 Sum.: «Que habemos de ser tan prestos á la campanilla y á la voz del